

César E. Arroyo o el apasionado impenitente

*Gustavo Salazar**

a María Rosa

En la naturaleza humana, ejerce una fascinación el recordar hombres ilustres o rememorar fechas, pues cíclicamente recurrimos a ellos, será porque en momentos de desesperanza necesitamos la fortaleza que nos da quien se ha convertido en paradigma en el oficio de vivir o de trabajar. En este caso, se trata de un extraordinario ecuatoriano llamado César E. Arroyo, que nos ha congregado en este recinto.

En un día como hoy, hace exactamente 117 años, nació en Quito, ciudad andina ubicada en plena línea ecuatorial, Arroyo. El hogar de donde procedía estaba constituido por su padre, colombiano de origen, de profesión militar, y una distinguida dama quiteña. Imaginémoslo en su adolescencia, expectante al advenimiento del siglo XX, en una ciudad en ese entonces aislada de los movimientos literarios contemporáneos; sin embargo, con amplia tradición cultural, en un país que se esforzaba en consolidarse como na-

ción y abrirse a la modernidad que se vislumbraba radiante por el desarrollo tecnológico. Es en este entorno en donde realizó sus estudios. Ansioso de conocer mundo, inició su periplo, primero al trasladarse a Colombia a un encuentro cultural. Pero las ansias crecieron y la oportunidad llegó. A los 26 años, luego de realizar sus primeros ejercicios literarios dedicados a la poesía, artículos y crónicas para la prensa capitalina, además ejercer de profesor de literatura española —la cátedra será otra de sus pasiones—, en el reconocido instituto secundario José Mejía, es invitado por el gobierno español a la conmemoración del centenario de las Cortes de Cádiz.

La razón de su llegada a España, por esas paradojas del destino, es José Mejía Lequerica, nuestro excepcional orador que brilló, junto al «divino» Argüelles —con sus intervenciones acerca de la abolición de la Inquisición, el respeto a la autonomía de las tierras de ultramar y sobre todo una audaz defensa de la

* Funcionario de la Embajada del Ecuador en España.

libertad de imprenta, que aún hoy tendría pleno vigor—, al pronunciarse la Constitución de 1812, había fallecido el siglo anterior en la misma ciudad en la que encontraría la muerte Arroyo.

Apenas llegar a la península y sustentado en su gran formación intelectual y literaria, se asimiló a ese ambiente cultural, aportando además con lo que le era intrínseco, su naturaleza generosa. Con ello logró aquí formar un hogar, procrear, madurar su obra literaria, y con paso seguro pudo salir a recorrer mundo, para al final de sus días tornar a esta tierra, Cádiz.

No será el primer ecuatoriano, y menos el último que atracó su barca en la península, pero sí será el orientador de diversas vertientes de una cultura adolescente que no ha dejado de contribuir con la madre patria o la tan mentada «matria» de Unamuno, a su difusión y a una mejor comprensión de lo que es el espíritu de la lengua española en América.

En el ejercicio diplomático en representación de su país como cónsul en Vigo, Madrid y Santander, su dinámica le permitió, radicado en la capital española, realizar una función cimera, y con ese espíritu apasionado que no lo abandonó sino al morir, como un mar a través de sus olas, difundió lo que es ser hispanoamericano, en una de sus vertientes —la ecuatoriana—. Y cuando tuvo opción de retornar a su patria, di-

fundió como un viento renovador lo más selecto de la cultura española, sirviéndose del vehículo más acorde con su temperamento, la crónica, habló de los avances de la cultura hispánica mediante sus organismos como la Universidad Central, la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes, la Biblioteca Nacional, etc. Poseedor de extraordinario afán de renovación, reclamó transformaciones en la cultura de su país. La labor que despliega en ésta, su primera etapa peninsular de 1912-1921, es extraordinaria. Dentro del marco de difusión de valores patrios, da conferencias en el Ateneo de Madrid y el de Santander, entre otros; colabora permanentemente en diarios (*El Día*) y revistas (*Letras*, *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria*, *Caricatura*), de su país. Y aquí, en España, conferenció sobre la trayectoria histórica y vital de nuestra patria, conectó sus autores y los difundió mediante esa antena cultural llamada *Cervantes*, revista en la cual colaboró desde su primer número en 1916 hasta su desaparición en 1920, siendo director de lo que venía de Hispanoamérica, a la par que coordinaba la editorial Ariel, que difundía valores literarios novedosos. En ligera ojeada hallaremos, en los 46 números de la revista, escritos de quienes eran ya, o serían pasado el tiempo, las voces más destacadas de éste y el otro lado de la lengua española.

Arroyo pertenece a esa pléyade

de escritores preocupados en asimilar y difundir el vínculo inmarcesible de una raza que determinó los nuevos destinos de ese continente que envía un contingente irrefrenable de viajeros. Esta generación es la que abrió brecha para todo lo renovador que vendría en lengua española. Sus cofrades son desde los Machado, Manuel y Antonio, Darío, Blanco-Fombona, Villaespesa, los Ramones: Gómez de la Serna, Valle-Inclán y Jiménez y los en ese entonces «chavales» o, como se diría en mi tierra, «guambros»: Guillermo de Torre, Gerardo Diego y Jorge Luis Borges; con esto se ve claramente las «simpatías y diferencias» de esta cultura remozada.

Se ha denostado hasta la saciedad del Modernismo como escuela literaria, ya sea porque extraordinarios escritores que militaron en sus filas —Reyes, Mistral y otros menores, de edad por supuesto, como Vallejo, otro César, etc.— se sintieron encorsetados y la abandonaron para continuar otras búsquedas, porque generó epígonos que no pasaron de ser una pueril imitación de los maestros, como ocurre con todo movimiento renovador. Arroyo, fiel a su estética, a su formación clásica, se sintió como pez en el agua en esta tendencia, jamás abandonó ese espíritu cosmopolita del cual era heredero, formó parte de ese grupo que serviría de lazo de unión entre esta tendencia y las corrientes vanguardistas en la península median-

te el Ultraísmo, y produjo obras bellas, y, parafraseando a un compatriota y buen amigo suyo, Benjamín Carrión, no sólo produjo obras bellas sino, además, obras buenas.

Al año de establecerse en estas tierras empezó a colaborar en la prensa ecuatoriana con un torrente de artículos agrupados bajo el título *Mirando a España*, mas éste no fue óbice para restringir el universo de sus preocupaciones, pues, a más de hablar acerca del acontecer diario en Madrid, nos presentó autores hispanoamericanos que realizaban su obra o ya la realizarían. Este espíritu de difusor de la cultura hizo que opine sobre Villaespesa, Felipe Trigo, Benavente, Ugarte, Acuña, Urbina, Rubén Darío, etc.

Leer y releer la obra completa del escritor es una permanente transmisión de sus pasiones, aquello que le provocaba fervor y emoción. A consecuencia de esa propia pasión lo vemos indignarse en dos momentos: uno, cuando defiende el panhispanismo en oposición a esas dos tendencias que, según él, atentan contra su concepto de lo que debe denominarse «Hispanoamérica» y no Latinoamérica, porque está convencido de que, si hubo un país que cruzó su sangre y se fundió en esencia con las Indias Occidentales, ése fue exclusivamente España, y no estaba dispuesto a que esa supremacía se la quieran disputar ni franceses ni italianos, y, lo que se vislumbraba, que se venía dando en

el otro hemisferio, el país del norte angloamericano; y otro momento, cuando proyecta y redacta durante algunos años una obra que extrañamente, no me explico cómo, no llevó a feliz término, acerca de la injusticia social reflejada en la igualmente injusta repartición de la tierra. Este último, un proyecto ambicioso que tenía de referencia sus estrechos vínculos con los acontecimientos mexicanos, a través de José Vasconcelos, amén de estar alerta a los sucesos que se llevaban a cabo en la república española.

A través de Arroyo y sus crónicas, ese género ligero —y ojo, cuando digo ligero no es por simple, sino por tenue y suave al abordar un tema—, que prodigó y aportó frescura a la lengua española, se transparenta un cuarto de siglo de esfuerzo en beneficio de un país por abrirse al mundo. No sé si a estas alturas la «crónica» habrá venido a menos, pues no lo creo. Aquello de escribir acerca de lo cotidiano, aparte de comunicar con la palabra precisa, hacerlo bellamente, apelando a la musicalidad del idioma, ya se lo dijo Gabriela Mistral a través de una misiva: que su libro sobre Pérez Galdós ha provocado en ella el deseo irresistible de releer al novelista canario.

En su papel de diplomático, a más de cumplir a cabalidad sus deberes como jefe de misión, jamás dejó de ser un gran anfitrión representando a su país, aun a costa de su

economía, un tanto apremiante. Proclama las virtudes de su país, realizando un estudio sobre el romancero en el Ecuador, o a los «clásicos» ecuatorianos como Olmedo, Montalvo, etc., promocionando a los valores literarios nuevos, incluso novísimos, a sus compañeros de formación literaria, que destacaron en el verso —los, en nuestro país, llamados «decapitados»—, Silva, Borja, Fierro y Noboa y Caamaño, y recogiendo textos suyos para publicarlos en España.

Ejerce, desde su casa, de anfitrión —sea en Madrid, México, Marsella, Lima, Cádiz— para los intelectuales de distintas latitudes, como José Vasconcelos, Benjamín Carrión, Jorge Carrera Andrade, Gabriela Mistral, Manuel Ugarte, Palma Guillén, César Pástor, Andrés Iduarte, etc. A este respecto, en su autobiografía, Carrera dirá: «La mano generosa de César Arroyo me tendió un salvavidas en el naufragio» y no exagera.

En algún artículo, en lenguaje tecnológico lo llaman antena cultural. A pesar de lo soso del término, es rigurosamente exacto, pues, como transmisor en el exterior, en el mundo diplomático y literario de lo de su país, y en cuanto retorna al Ecuador, no desmaya en la que considera su misión sea a través de la prensa, la cátedra, conferenciando o en la militancia progresista.

De su último volumen, aparte de lo bien escrito que está su *Ensayo*

sobre *Lope de Vega*, no ha dejado de perseguirme durante algunos años una idea, que ha sido una constante en las preocupaciones de los creadores que han reflexionado acerca de la función del arte, cuando apunta que a Lope, dependiendo de su intérprete, tratan de adecuarlo en distintas tendencias, descuidando lo básico que es él y a la vez lo que lo hace universal: el arte.

Entre los muchos méritos que cabe señalar en Arroyo, debemos reconocer su optimismo. Por ello podríamos concluir que sus escritos fueron redactados con el corazón, aderezados con una prosa ágil, reverberante y apasionada. Así llegó a cumplir su cometido, el acto demiúrgico de sugerir, el gran reto del verdadero escritor, a más de provocar deleite en el lector.

Por todo ello, no nos sorprende que recibiera la bien merecida Gran Cruz de Isabel la Católica por su irrenunciable pasión por España. No está demás indicar que se la entregó la República española en 1932, y que es la única condecoración que conservó el Gobierno de ese entonces. De Francia, recibió Las Palmas Académicas en reconocimiento a su aporte a la cultura gala. Sería largo señalar una serie de menciones y nombramientos honoríficos de los cuales fue merecedor; sin embargo, apuntaré que fue socio correspondiente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, de las Academias Hispa-

noamericanas de Ciencias y Artes de Madrid y Cádiz, del Ateneo de Santander, de la Academia Nacional de Historia de México, de la Societé de Geographie de Marseille, etc.

Cuando se haga un estudio riguroso y serio sobre los escritores hispanoamericanos —y son bastantes— que realizaron su obra en Europa, fuera de sus países de origen, el sitio que ocupará Arroyo será destacado.

Su permanencia en Francia le permitirá un acercamiento a otra de sus fascinaciones estéticas, las construcciones religiosas góticas. A este respecto preparó doce crónicas emotivas que, al leerlas, se las puede paladear a tal punto, que las visualizamos y sentimos la emoción que, sin ambages, nos transmite el autor, y que las recogerá bajo el título *Catedrales de Francia*.

Un compatriota sentenció «que la generosidad es otra forma de la inteligencia». En Arroyo, esta actitud será su norte, que derrochaba a manos llenas, a tal punto que varios que lo trataron afirmaron que era el hombre más bueno del mundo; véanse al respecto las opiniones de sus más cercanos: Mistral, Carrión, Ugarte y Vasconcelos.

El título de su primer volumen publicado, *Retablo*, no es gratuito. A la manera de los antiguos orfebres —no entiendo por qué ese afán de desmerecer el trabajo artesanal como si fuera un oficio menor, ejerci-

cio inferior—, para el escritor, el uso de cada palabra es ponerla en el sitio que corresponda, para expresar de manera brillante y clara su exposición; no en vano en aquel entonces se denominaba a ésto «burilar», es decir, el artista (escritor en este caso) es un artesano de la palabra y la pule y coloca en el sitio mientras va armando el retablo. En este volumen recoge ensayos, crónicas, conferencias y reseñas acerca de distintos temas, el romancero (la poesía popular) ecuatoriano, Pérez Galdós, el poeta épico José Joaquín de Olmedo, Mariano José de Larra, Maeterlinck; un relato; dos obras de teatro breves —la primera basada en un poema de Villaespasa y la otra en un grabado de Durero—, Montalvo como destacado cervantista. Todos estos textos son obras de orfebrería que el escritor reúne, junta y arma su retablo.

Desde el punto de vista actual debemos reconocer que Arroyo es la contribución ecuatoriana a ese formidable grupo de escritores de la transición del Modernismo a las vanguardias que renovarían el «buen decir» en lengua española.

Sabemos que nadie se muere la víspera, pero, a la inversa, que, con algunos individuos que han descollado por su misión, con Arroyo se ha cometido la injusticia de depositarlo en el trastero de la historia de la literatura, cuando nadie como él, en su actividad vital, batalló contra esa actitud malsana de la ingrati-

tud, y a pesar de esto fue víctima de ella. Algún momento publicó una crónica titulada *Los malogrados*, en la cual pasó revista a casi todos sus contemporáneos escritores muertos relativamente jóvenes y que lamentablemente fueron postergados. Reclama nuestra obligación a valorarlos y ubicarlos en el sitio que les corresponda dentro del mapa literario ecuatoriano, del cual si prescindimos de él, siempre será un panorama incompleto y falso. Bien se ve que este homenaje se debe sobre todo al tesón permanente de su nieta, al recuerdo diáfano de su hija política, doña Lola, al amor fraterno de su hijo que, si bien duró hasta su muerte acaecida en 1997, se lo transmitió a los dos bisnietos del escritor, y ahora una tataranieta que ya se enteró. Para todos ellos, la presencia, si bien no física, no amimora la fuerza que emana de él.

Cuando, en 1935, es nombrado, en representación del Ecuador, cónsul en Cádiz, inmediatamente conecta con los medios intelectuales de la ciudad y es encomendado allí a saludar a su entrañable amigo argentino, Manuel Ugarte, que continuaba en su lucha ideológica antiimperialista, de visita por el puerto. Además se convierte en asiduo colaborador de los medios de prensa gaditanos: *Gente Conocida* y *La vida literaria* suplemento de la revista *España y América*, dirigida por Eduardo de Ory; en esta última aparecerá originalmente el texto dedicado a la

memoria de Valle-Inclán.

Se dijo alguna vez que el hombre no es de donde nace, sino de donde hace su obra. Pues Arroyo concilió esta contradicción, ya que no necesitó ni lo uno ni lo otro, pues nuestros pueblos son parecidos y las diferencias no permiten la oposición terminante; él las conjugó y sin dejar de ser ecuatoriano se estableció en este país, nada desconocido para él, donde su espíritu vino a reposar. Sin embargo, no dejó de ser testigo de la guerra fratricida que minó su temperamento conciliador, conciliador no porque rehuya la batalla, sino por su afán de comprensión que, como a otros hispanoamericanos, le dolió España, mas no apartó el cáliz, lo consumió en esta tierra de donde partieron los primeros descubridores españoles. Pero la historia no termina aquí, tuvo y dejó lo más grande de lo que se puede preciar un hombre, que es sus hijos. Tuvo uno sólo y quedó aquí a continuar la misión paterna de conectar los vasos comunicantes entre ambas patrias. Esa mixtura la realizará don Enrique al desposarse con una encantadora dama sevillana, doña Lola, y para continuar este permanente trajinar se estableció en el Ecuador, donde procreó una hija, nieta del escritor, que heredará —y no olvidemos que el que hereda no hurta— ese espíritu generoso que ha

realizado mediante la pedagogía una labor de difusión renovadora en España.

Si en vida se le hizo el reconocimiento de ser hijo dilecto de esta patria al otorgársele la Orden de Comendador de Isabel la Católica, de manera póstuma acoge sus huesos que deben simbolizar aquello de lo que es capaz un compatriota mío que, sin reservas, apeló a esta unión.

No puedo concluir sin dejar de reconocer la generosidad de esta tierra gaditana al recoger a un extranjero, aunque ¿podría denominárselo extranjero a quien sintió a España correr por sus venas? Pues no. Finalmente está en el único lugar en donde podría reposar al ser declarado hijo ilustre de este país. Las gracias damos a esta tierra generosa que acoge como propio a este hijo dilecto de los Andes ecuatorianos.

En nombre de sus herederos, que son de distintos lados pero de la misma patria —España, Ecuador y Argentina— y de los ecuatorianos, doy las debidas gracias, pues no hay peor pecado que la ingratitud; y vaya este saludo como un abrazo al escritor, que esperamos vea cumplir sus deseos desde el más allá.

He dicho.

Chiclana de la Frontera, 28 de marzo de 2003.